

Los **nuevos** hombres

El gran dios Ometéotl, “aquel que está en todas partes”, continuó su labor creadora y puso diversos espíritus divinos a vagar por la Tierra. También en el reino de los muertos puso un par de dioses (¿o eran él mismo otra vez dividido?) y los llamó “Señor y señora del Mictlán”.



Como no había seres humanos, Quetzalcóatl bajó a esta tierra muerta que había detrás del mundo y le pidió a aquella pareja que le regalara los huesos de los muertos.

-¿Para qué los quieres? -preguntaron los espíritus, que no deseaban compartir sus huesos.

-Ya no quedan seres humanos y crearé nuevos con las cenizas de los viejos.

-Toma mi trompeta -respondió el señor del reino de los muertos-. Tendrás los huesos si tocas algo que me guste.

El problema es que la trompeta estaba hueca.

Quetzalcóatl se dio cuenta del engaño y llamó a unos gusanos que vivían por ahí. Les pidió que agujerearan la trompeta, y luego las moscas zumbaron en el interior.

A los dioses del Mictlán les gustó la música de Quetzalcóatl, pero no tanto como para regalar sus preciados huesos de manera eterna.





–Son tuyos –le dijeron–. Llévatelos, pero no para siempre. Al cabo de un tiempo habrá que devolverlos.

El gran dios Quetzalcóatl se sintió muy triste al pensar que los seres humanos tenían que morir algún

día y devolver sus huesos, pero eso era algo que no podía cambiar.

Entonces
tomó los huesos y los puso
en una vasija.
Enseguida los
machacó hasta
pulverizarlos y de-
rramó algunas gotas
de su sangre.

-He sangrado
por ellos -dijo Que-
tzalcóatl- y ellos san-
grarán por sus dioses.

Así nació la idea del sacrificio.



